

se habian hecho para bien de las iglesias y casas del Señor. Todo esto dice el emperador Basilio en aquella ley.

Y de Alejo Comneno, emperador de Constantinopla, leemos que, demas de haber hecho grandes y rigurosas leyes contra los que se aprovechasen de las cosas consagradas á Dios y dedicadas á los templos, para mostrar más su devocion, en la bula que llaman de Oro añadió las palabras siguientes (1): «Si de aquí adelante ¡oh Señor Dios! alguno fuere tan osado, que tome las cosas que hasta ahora han sido dedicadas á las santas iglesias, ó para adelante lo serán, este tal carezca de la luz de vuestra vision, no le alumbre el sol de la mañana, no goce de vuestra ayuda y proteccion, pero siempre sea menospreciado y desamparado de vos.» Y la misma maldicion, en sustancia, echó la reina Teodelinda á los que usurpasen los bienes que ella habia dado á la iglesia de San Juan Bautista, en la ciudad de Moncia, como lo escribe Paulo Diácono (2). Y otros muchos reyes y príncipes cristianos que, movidos de su piadosa devocion, dieron grandes bienes y magníficos dones á

(1) Canis., in *Marial.*, lib. v, cap. xxiii. (2) Lib. iv, cap. vii, *De gestis Longobard.*

la Iglesia, temiendo que con el tiempo la codicia de los hombres podria romper todos los vínculos con que los tales bienes, por ser sacrosantos, son inviolables, en las mismas donaciones que hicieron á la Iglesia de los tales bienes, añadieron estas y otras semejantes maldiciones contra los que los tocasen y usurpasen, para que si el respeto de nuestro Señor y de su Iglesia no los reprimiese, á lo ménos el justo temor y espanto de su daño los detuviese é hiciese más recatados.

Con esto acabemos la primera parte deste tratado, que es de la obligacion que corre á los reyes y príncipes cristianos de defender la Iglesia y amparar y amplificar nuestra santa religion, como tutores, pilares y hijos regalados della. Veamos ahora las otras virtudes que deben tener para el buen gobierno y conservacion de sus estados, y cómo las deben edificar sobre esta primera y excellentísima virtud de la religion, como sobre un fortísimo y firmísimo fundamento; porque sin la verdadera religion no se halla verdadera virtud, como dice san Agustin (3), y nosotros lo probarémos en la segunda parte que se sigue deste nuestro tratado.

(3) Lib. xix, *De Civit. Dei.*

LIBRO SEGUNDO

DE LA RELIGION Y VIRTUDES

QUE DEBE TENER EL PRÍNCIPE CRISTIANO PARA GOBERNAR Y CONSERVAR SUS ESTADOS

CAPÍTULO PRIMERO.

Que en sola la religion cristiana se halla perfeta virtud.

Siendo el Rey y príncipe soberano como el ánima de su reino y como otro sol, que con su luz y movimiento da vida y salud al mundo, y como un retrato de Dios en la tierra, debe con grandísimo cuidado considerar las obligaciones precisas que le corren, para representar dignamente (cuanto lo sufre nuestra flaqueza) á Dios en su gobierno y para dar vida á toda la república, y resplandecer con tan esclarecidas y aventajadas virtudes, que escurezca las de sus súbditos, como el sol con su excelente claridad escurece la de las estrellas. Y porque en el libro pasado tratamos de la virtud de la religion, y del cuidado que debe tener el príncipe de todo lo que toca al culto divino y veneracion y servicio de aquel Rey soberano, cuyo vicario él es en la tierra (que es la primera y principal virtud, y el fundamento de las demas), hablaremos en este segundo libro, con el favor del Señor, de las otras virtudes

que son propias del Rey, y virtudes verdaderamente reales.

Para declarar bien las virtudes que deben tener los reyes para el buen gobierno de sus reinos, quiero primero explicar brevemente la diferencia que hay entre las virtudes del príncipe cristiano y las de los príncipes y filósofos gentiles, para lo cual se debe presuponer que fuera de la verdadera religion no ha habido ni hay verdadera ni perfeta virtud; ni lo que los filósofos más graves y severos han enseñado con su doctrina y ejemplo, ni lo que los más afamados y alabados príncipes han hecho en cualquiera género de virtud moral, era más que una sombra ó imágen de virtud, por mucho que los historiadores gentiles lo ensalcen y encumbren. Y no es maravilla que haya esta diferencia en el sentir y hablar de las virtudes entre el gentil y el cristiano; porque, como dice Gaetano, sobre el angélico santo Tomas (1), el gentil, como no conoce otro úl-

(1) II, ii, q. 23, cap. vii.

timo fin del hombre sino el que le descubre la lumbré de la razon natural, tiene por verdadera virtud aquella que le guía y endereza á aquel fin natural; mas el cristiano y teólogo, como alumbrado con la luz de la fe, conoce el fin sobrenatural del hombre, que es gozar de Dios, al cual principalmente se endereza la verdadera virtud, no tiene por tal la que carece deste fin. Ésta es una de las grandes y admirables excelencias de la religion cristiana, que sin ella no se halla la verdadera y perfeta virtud moral.

San Cipriano dice (1) que tambien los filósofos hacen profesion de seguir esta virtud de la paciencia; pero que en ellos tan falsa es la paciencia como lo es la sabiduría; porque ¿cómo podrá ser sabio ó paciente el que no conoce la sabiduría ni la paciencia de Dios? Y valo probando, y concluye diciendo: «Por tanto, si entre los filósofos no puede haber verdadera sapiencia, tampoco podrá haber verdadera paciencia.» San Agustin dice (2): «Averiguada cosa es que todos los filósofos que no conocieron que Cristo es verdad y sabiduría de Dios, no tuvieron ni pudieron tener perfeta virtud ni verdadera sabiduría.» Y en otro lugar (3): «No hay bien sin el sumo bien, porque donde falta el conocimiento de la verdad eterna é inmutable, la verdad es falsa aún en las costumbres que parecen muy buenas.» Y en el fin del libro de *Continencia* prueba que no se puede llamar verdadera continencia ó castidad la que no está acompañada con la fe. Y en el libro v de la *Ciudad de Dios*, capítulo xix, dice: «Todos los que de veras son píos, deben tener por cierto que ninguno puede tener verdadera virtud sin la verdadera piedad y verdadero culto de Dios verdadero»; y lo mismo dice en el libro xix, capítulo xxv. Y así determina santo Tomas (4) que no puede haber verdadera y perfeta virtud sin caridad. La razon desto explican algunos desta manera, y dicen (5) que para ser una virtud perfeta, ha de ser vestida de todas sus circunstancias, y cualquiera circunstancia que le falte no puede ser perfeta virtud.

Entre las circunstancias, la más principal de todas es el fin al cual se endereza y mira la virtud; y todos los fines particulares se refieren y reducen al último sumo y universal fin, que es Dios, al cual, como á su blanco, se deben encaminar y enderezar todas nuestras obras, lo cual no se puede hacer si Dios no se conoce por nuestro sumo y último bien, como no le conocian los gentiles, y no conociéndole por tal, no podian dar en este blanco ni acertar; porque no estaban sus obras bien circunstanciadas ni reguladas con la regla de la razon recta y ajustadas con su fin; porque toda buena razon nos enseña que amemos más lo que merece ser más amado, y ménos lo que merece ser ménos amado, y que amemos por sí mismo lo que por sí mismo merece ser amado, y lo que no es tal, aunque sea bueno,

(1) *De bono patientiæ in princ.* (2) Lib. i, *Contra Julian.*
(3) Lib. *De vera innocentia.* (4) II, ii, q. 23, art. 7.
(5) Chrisost., *Jabeloph. Christ.*, i part., cap. vi.

que no lo amemos por sí, sino por la participacion que tiene de lo que es amable y digno de ser amado por sí. Y de aquí nace la obligacion natural que en ley de buena razon tenemos todos para amar sobre todas las cosas á Dios como á nuestro sumo y último bien, y amarle por sí mismo, porque Él solo es, por su naturaleza, bien infinito, y amar á todas las otras cosas por Él y en Él y para Él, refiriendo todo lo que somos, pensamos, decimos y hacemos á su honra y gloria, como nos enseña el apóstol san Pablo (6) que lo hagamos aún en las cosas bajas, cotidianas y necesarias; pues, como dice el mismo apóstol (7), á solo Dios, que es el Rey de los siglos, invisible é inmortal, se debe la honra y la gloria; y porque los sabios del mundo y los príncipes gentiles, aún los mejores y más excelentes, no conocieron esta verdad ni tuvieron puesta la mira en este blanco y último fin, tampoco tuvieron las verdaderas y perfetas virtudes morales, que no se hallan sin él, sino una sombra y figura de virtudes.

Añádese á esto que para que una obra sea virtuosa se requiere que se haga por amor y respeto de la misma virtud, porque haciéndose por otros fines, no sería ni se podria llamar obra de virtud; pues, segun Aristóteles, así como es necesario para que una obra sea obra de virtud, que ella por sí sea tal, y que el que la hace la haga sabiendo lo que hace, y que la haga voluntariamente; así tambien es necesario que no estrague é inficione aquella obra con ningun mal fin ó circunstancia desordenada, porque de otra suerte perderá el sér y nombre de virtud. Y porque la idolatría es un mal grande, que escurece el entendimiento y estraga la voluntad, y pervierte todas las potencias y afectos del hombre, de aquí se sigue que los gentiles no tenían verdadera virtud, porque corrompian las obras que hacian con malos fines, pretendiendo en ellas su honra y gloria vana y el aire popular, como lo dice san Agustin de los romanos (8), que con el apetito de honra é imperio, vencieron los otros apetitos desordenados.

Y san Gregorio Nacianceno prueba esto mismo á la larga, y hablando de los filósofos, dice (9): *Primum secuti rem bonam non sunt bene; magis nam movebat gloria hos, quam amor boni*; que aunque siguieron lo bueno, no lo siguieron bien, porque más les movia la gloria que el amor del mismo bien que seguian. Y en la tercera oracion, que es la primera contra Juliano, dice: *Quæ virtus philosophis speciosum dumtaxat nomen est*; que entre los filósofos la virtud es solo nombre, porque no tiene la substancia y la verdadera naturaleza de la virtud. Y conforme á esta doctrina, ni la castidad de Lucrecia fué verdadera virtud de castidad, ni la justicia de Aristides verdadera justicia, ni la fortaleza de Alejandro Magno ó de Julio César verdadera fortaleza, ni la templanza de Sócrates verdadera templanza, ni la fe y palabra que guardó Atilio Régulo á

(6) I, *Cor.*, i. (7) I, *Tim.*, i. (8) *De Civit. Dei.*, lib. v, cap. xii.
(9) *In carmine.*

los cartagineses parte de verdadera justicia, ni la prudencia de Caton se puede tener por verdadera prudencia, por faltarles á todas estas que ellos llaman á boca llena virtudes, lo más propio y esencial de la virtud, que es amarla, abrazarla y estimarla por sí misma, y no macular su excelencia, y deslustrarla con otros bajos fines. Y así, halláremos que los gentiles filósofos y príncipes que las historias nos ponen por dechado de virtudes, porque en algunas dellas se esmeraron y resplandecían en los ojos del vulgo, tenían tantos otros vicios, que no se compadecían con las verdaderas y perfectas virtudes, como lo prueba san Gregorio Nacianceno, y nosotros lo podíamos probar en Sócrates, en Platon, en Diógenes, que fueron filósofos de los griegos tan alabados, y en los dos Catones y en Séneca y otros, que entre los latinos tuvieron fama de varones severos y moderados. Y por esto, aunque en lo que de aquí adelante trataremos de las virtudes que debe tener el príncipe cristiano, algunas veces traeremos ejemplos de algunos príncipes gentiles que son alabados de aquellas virtudes de que hablamos, como lo hace san Agustín, no por eso debe el prudente lector pensar que aquellas fueron perfectas virtudes y que nosotros las tenemos por tales; porque no es así, ni tal es nuestra intención, sino enseñar á los príncipes cristianos la perfección á que los obliga nuestra santa religion, y con cuán esclarecidas y sublimes virtudes deben resplandecer. Y para mover y avergonzar á los que se descuidan en esto, referiré algunos ejemplos de príncipes gentiles que, siendo ciegos y sin conocimiento del verdadero Dios y sumo Bien, se esmeraron de tal manera en sus obras, que parecían verdaderas y extremadas virtudes, y merecieron ser alabados por ellas, y nosotros nos podemos aprovechar dellas, ó despertando nuestra tibieza, ó reprendiendo nuestra flaqueza.

CAPÍTULO II.

Que las virtudes del príncipe cristiano deben ser verdaderas virtudes, y no fingidas, como enseña Maquiavelo.

Supuesta esta verdad, que no hay virtud perfecta sino en la religion cristiana, como queda declarado, della se sigue que las virtudes del príncipe cristiano deben ser verdaderas virtudes, y no fingidas; porque, á no ser verdaderas, no serían virtudes, sino sombras de virtudes, y ninguna ventaja haría el príncipe cristiano á los príncipes gentiles y filósofos, que, como dijimos, no tuvieron las verdaderas y excelentes virtudes, ántes sería inferior á muchos dellos, en lo cual Maquiavelo enseña una doctrina muy falsa, impía é indigna, no sólo de pecho cristiano, pero de hombre prudente y entendido; porque en el libro que escribió del Príncipe, muchas veces dice y repite que para engañar mejor y conservar su estado, debe fingir el príncipe que es temeroso de Dios aunque no lo sea, y templado aunque sea disoluto, y clemente siendo cruel, y tomar la máscara de las otras virtudes cuando le viene á cuento, para disimular sus vicios y ser tenido por lo que

no es; y particularmente en el capítulo XVIII, en el cual trata cómo debe el príncipe guardar la fe, dice estas palabras, traducidas fielmente de la lengua italiana en la nuestra castellana: «No es necesario que un príncipe tenga todas las calidades que habemos dicho, más bien es necesario que parezca que las tiene; ántes oso decir que teniéndolas y guardándolas siempre son dañosas, y pareciendo que las tiene son provechosas; como parecer piadoso, fiel, humano, religioso, entero, y serlo; mas de tal manera, que cuando fuere menester, el príncipe pueda y sepa mudarse y hacer lo contrario. Y hase de entender que un príncipe, especialmente nuevo, no puede guardar todas las cosas por las cuales los hombres son tenidos por buenos, porque muchas veces, para conservar su estado, están obligados á hacer contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad y contra la religion; pero es menester que de tal manera disponga su ánimo, que esté aparejado á mudar las velas segun los vientos y la variedad de la fortuna, y como dije arriba, no partirse del bien pudiendo; mas saber entrar en el mal cuando lo pidiere la necesidad. Por tanto, el príncipe con gran cuidado debe procurar que no le salga jamás de la boca cosa que no sea llena destas cinco virtudes, y que el que le viere y oyere, juzgue que todo es piedad, todo fe, todo entereza, todo humanidad, todo religion, y no hay cosa más necesaria que parecer que el príncipe tiene esta postrera, que es la religion; porque los hombres, comunmente hablando, más juzgan con los ojos que con las manos, porque el ver es de todos, y el palpar y tocar con las manos es de pocos.» Todas éstas son palabras de Maquiavelo, salidas del infierno para destruir la religion y arrancar del pecho del príncipe cristiano de un golpe todas las verdaderas virtudes.

Esta doctrina es contraria, no solamente á lo que nos enseña nuestra santa religion, pero á toda buena razon y á toda buena filosofía. Ciceron escribe estas palabras (1): «Gravemente dice Sócrates que no hay camino más llano y más breve para alcanzar gloria, que procurar ser tal cual el hombre desea ser tenido; porque los que con simulacion y vana ostentacion, y con vanas palabras y rostro fingido piensan alcanzar verdadera gloria, mucho se engañan. La verdadera gloria echa raíces y crece; todas las cosas fingidas, como unas flores, presto se secan y se marchitan, y ninguna cosa fingida puede durar.» Y más abajo: «Los que quieren alcanzar verdadera gloria, cumplan con lo que manda la justicia; pero sobre todas cosas, procuren de parecer tales cuales son, porque ninguna cosa tiene mayor fuerza que es ser el hombre tal de dentro cual quiere parecer de fuera.» Y en el primer libro dice el mismo Ciceron (2): «Entre todas las injusticias no hay pestilencia alguna más perniciosa que la de los que cuando más engañan, más procuran parecer buenos y cubrir su maldad.» Y en el

(1) Lib. II, De los oficios. (2) Lib. I, Oficio.

libro II De la naturaleza de los dioses dice que la mejor manera de reverenciar á los dioses, y la más casta y santa, es honrarlos siempre y adorarlos con una mente y con una voz pura, entera y sincera. Todo esto dice Ciceron (1), y es muy conforme á lo que enseña Platon, que lo más fino de la maldad es parecer justo el que no lo es.

Y Séneca dice (2): «Ninguno puede tener la máscara mucho tiempo, porque las cosas fingidas luego se vuelven á su naturaleza, mas las que tienen fundamento y firmes raíces, y nacen de la verdad, con el tiempo crecen y se hacen más robustas.» Y el mismo dice que el ánimo muy bueno y virtuoso es admirable y hermosísimo culto de Dios. Y Lactancio, que el mirar á Dios es la suma religion con que le podemos servir. Y Hermete, egipcio, dijo que el apartarse el hombre de los vicios, y no ser malo, es el único culto, ó por mejor decir, la más principal parte del culto de Dios; y esta bondad que piden estos autores es opósta y totalmente contraria á la máscara de virtudes que enseña Maquiavelo. San Basilio dice que merece doblada pena el que con capa de virtud hace algun mal, y lo mismo enseña Teofilacto. Y san Jerónimo dice (3): «No sé cómo son más feos los vicios que se cubren con color de virtudes.» Y el Espíritu Santo lo confirmó cuando dijo: *Si dissimulaverit, delinquit dupliciter*; si disimuláre ó fingiere, pecará doblado.

Y san Agustín dice que la justicia fingida no es justicia, sino doblada maldad. Y nuestra santa religion nos enseña que el hombre debe guardar entera verdad: verdad de la vida, viviendo conforme á la ley divina; verdad de la justicia, dando á cada uno lo que es suyo, y diciendo en juicio lo que sabe, cuando es preguntado por juez competente; verdad de la doctrina, no enseñando cosas falsas; y finalmente, verdad en el manifestarse y descubrirse, queriendo parecer lo que es, y ser lo que parece; porque, como admirablemente dice san Juan Crisóstomo, hablando con el hipócrita (4): «Dime: si es bueno ser bueno, ¿por qué quieres parecer lo que no quieres ser? Si es malo ser malo, ¿por qué quieres ser lo que no quieres parecer? Mejor es ser bueno que parecer bueno, y peor es ser malo que parecer malo. Por tanto, ó muestra ser de fuera lo que eres dentro, ó procura ser de dentro lo que pareces de fuera.» ¿Qué aprovecha parecer oveja y ser lobo? ¿Ser un muladar cubierto de nieve, ó un sepulcro blanqueado por defuera, y dentro lleno de huesos y de gusanos?

Y si dice Maquiavelo que muchas veces, para conservar el Estado, será obligado el príncipe á hacer contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad y religion, pregunto yo, ¿qué cosa se puede ofrecer tan precisa y forzosa para quebrantar estas virtudes por conservacion del Estado, que sin ellas en ninguna manera se puede conservar?

(1) Lib. II, De rep. (2) Lib. I, De Clem. ad Neronem, cap. I. (3) Epist. ad Celant. Eccles., xxiii. (4) Super Matth., cap. vii.

Y si la apariencia y buena figura destas virtudes es necesaria para conservacion del Estado y de la buena opinion del príncipe, ¿cuánto más fuerza tendrá la verdad que la mentira, el cuerpo que la sombra, la existencia que la apariencia, y lo que tiene tomo y substancia que lo pintado? Lo cual ni se puede encubrir ni engañar mucho tiempo, y cuando se descubre, tanto es más aborrecido el príncipe, cuanto más se entiende que quiso engañar.

Pero no depende la conservacion del Estado principalmente de la buena ó mala opinion de los hombres, aunque la buena se debe procurar y granjear con las verdaderas virtudes, y no con las aparentes, sino de la voluntad del Señor, que es el que da los estados y los conserva, y los quita y tras-pasa á su voluntad. Y con ninguna cosa puede el príncipe ganarla más, y tener á Dios grato y propicio para que le conserve y defienda su estado, que con guardar su santa ley y servirle con aquellas verdaderas y santas virtudes que Él nos enseña, y da á los que se las piden y á los que las buscan con fiel, sincero y puro corazón. Especialmente que la fe y la caridad y la religion no se deben abrazar principalmente por conservar el Estado, sino por lo que Dios mandaba y ellas merecen, ni la religion debe servir al Estado como á su fin, sino el Estado á la religion, como se declaró en la primera parte deste tratado; porque de otra suerte las virtudes no serían virtudes, si se ejercitasen por fin y respeto temporal; y así dice san Agustín (5): «No es verdadera virtud sino la que mira á aquel fin, que es un bien del hombre tan grande, que no hay otro mejor»; lo cual es tanta verdad, que hasta Ciceron la conoció, y dice estas palabras (6): «Si no nos movemos á ser buenos por la misma virtud, sino por alguna utilidad y provecho, no nos podemos llamar buenos, sino astutos.»

Y Salustio dijo (7): «Procura ser bueno, más que parecerlo.» Y de Caton escribe Veleyo que nunca hacia bien por parecer que le habia hecho. Verdad es que, como escribe Plinio el mozo (8): *Multi famam, conscientiam pauci verentur*; muchos temen la fama, y pocos la conciencia; por lo cual se ve cuán pestilencial es esta doctrina de Maquiavelo, y lo que de una fuente tan inficionada puede manar, y qué gobierno será el que se edificare sobre tales fundamentos, y cuán perniciosa será la fruta que naciere de tan mal árbol y de tan mala raíz, y que no es maravilla que los que beben desta agua y comen desta fruta pierdan el juicio y la religion y las verdaderas virtudes, y den en los disparates de Maquiavelo y de los otros políticos, que tienen perdido el mundo con esta falsa razon de estado.

CAPÍTULO III.

Que Maquiavelo pretende que el príncipe sea hipócrita, y cuánto aborrece Dios la hipocresía.

La suma de todo lo que enseña Maquiavelo y los políticos acerca de la simulacion y virtudes fingi-

(5) Lib. V, De Civit. Dei, cap. XII. (6) Cicer., I, De Leg. (7) In Catil., lib. XI. (8) Epist., lib. III.

das del príncipe, de que habemos hablado en el capítulo pasado, se cifra en formar y hacer un perfetísimo hipócrita, que diga uno y haga otro, y que sea como un monstruo, compuesto de varias figuras; que parezca oveja y sea lobo, con el rostro de hombre y el corazón de vulpeja; que tenga más pintas que un leopardo, con la risa en la boca y el cuchillo en la mano, la voz de Jacob y las manos de Esaú; y con el beso de falsa paz mate á Abner y Amasa, como Joab (1); y venda á Cristo como Júdas; y remede la voz del hombre para engañarle, y le despedace y trague, y despues llore como el cocodrilo; y por defuera parezca blanco, y dentro tenga la carne dura y negra, como el cisne; y sea como las manzanas de la tierra de Sodoma, hermosas y coloradas á la vista, y en tocandolas se deshagan en humo y ceniza; y como las monas, que imitan las acciones del hombre y siempre se quedan monas; y como la mariposa, que vuela y parece hermosa, y deja su semilla, de la cual se eria la oruga, pintada con varias colores, que roe y consume la lozania y fruta de los árboles. Tal es el príncipe hipócrita y taimado que pinta Maquiavelo, que quiere que dé á Dios las hojas, y los frutos al demonio.

Y como si el Señor de todo lo criado y Dios de los dioses fuese un dios de piedra ó de palo, que ni sabe ni ve, ni remunera el bien ó mal que se hace; así le enseña que tome la máscara de religion, de piedad, de justicia y de las otras virtudes fingidas, y sacrifique nuestra santísima religion á su codicia y ambicion y deseo de la conservacion de su estado; pues quiere que al Estado todo se ponga, y ésta tiene por excelente razon de estado. Y así dice Lactancio Firmiano estas palabras (2): «Algunos, debajo de una fingida bondad, por hacerse grandes, hacen cosas al modo y traza de los hombres de bien, y con tanto mayor ahinco, cuanto es mayor el deseo que tienen de engañar. Y pluguiese á Dios que fuese tan fácil el ser hombre de bien como lo es el fingirlo por poco tiempo. Mas cuando los perversos tiranos han alcanzado lo que deseaban, entónces se quitan la máscara, robándolo y trastornándolo todo de arriba abajo, y persiguiendo áun á los mismos que ántes habian favorecido y tomádelos debajo de su proteccion, y cortando los escalones por donde subieron al Estado.» Todas éstas son palabras de Lactancio.

El Espíritu Santo dice en las divinas letras (3) que por los pecados del pueblo hace Dios reinar al hipócrita; de suerte que es castigo, y castigo grave del Señor, cuando por los pecados de los reinos los da en manos de reyes hipócritas; pues siendo esta verdad infalible, ¿cómo Maquiavelo pone por regla de buen gobierno la que es señal de la ira y furor del Señor? ¿Cómo puede caber en pecho cristiano lo que tan claramente es contra Cristo, ó cómo podemos tener por cristianos, y darles este glorioso nombre, á los que enseñan ó creen y siguen

(1) II, Reg., III et XX. (2) Lib. VI, cap. VI. (3) Job, XXXIV.

esta doctrina? Si el fin del buen príncipe es el bien de sus vasallos, y el príncipe hipócrita es azote de Dios, que los destruye, ¿cómo puede ser hipócrita y buen príncipe?

¿Adónde no llega, adónde no penetra esta falsa hipocresía? ¿Qué no inficiona esta ponzoña? ¿qué no pervierte y destruye esta simulacion? pues leemos haber habido príncipe (4) que se vistió de hábito de monje, y vivió como monje en un monesterio que él mismo habia fabricado, estando entre los monjes, cantando en el coro, y haciendo las otras ceremonias religiosas, para engañar más fácilmente, destruir y asolar á sus vasallos y estados, como lo hizo Juan Basilio, duque de Moscovia, y Enrique III, rey de Francia.

San Hipólito, mártir, pinta al Antecristo como á un perfetísimo hipócrita y maestro de políticos desta manera. Dice (5) que luégo que se descubrirá al mundo, se mostrará muy clemente, humano, religioso y amigo de justicia, y enemigo de dádivas y presentes; que no consentirá que se ejercite la idolatria; honrará los viejos y hombres de canas; abominará las deshonestidades, aborrecerá los mal-sines y murmuradores, recogerá los pobres, amparará las viudas y los pupilos, hará paces y concordará á los discordes, y dará de mano á los regalos y riquezas, con un fingimiento tan extraño, que con hacer todo esto á fin de ganar las voluntades del pueblo y ser monarca del mundo, cuando vendrá el mismo pueblo á suplicarle que lo quiera ser, se hará de rogar, y dará á entender que no quiere y que no estima el mando y la honra, hasta que por pura importunidad se dejará persuadir y vencer, y acatará el cetro y la corona para destruir el mundo. Todo esto es de san Hipólito, mártir, que, á mi ver, pinta en este retrato del Antecristo, el príncipe que forma Maquiavelo. Y no ménos le pinta san Hilario (6) escribiendo contra Constancio, emperador, por estas palabras: «Nosotros peleamos contra un perseguidor engañoso, contra un enemigo blando, contra Constancio Antecristo, que no hiere las espaldas, sino trae la mano blanda por el cerro; no corta la cabeza con la espada, sino corrompe el ánimo con el oro; no nos amenaza con el fuego corporal, pero secretamente aciende el fuego del infierno; confiesa á Cristo para negarle, edifica los techos de las iglesias para destruir la Iglesia.»

Pues siendo todo esto así, ¿qué ódio y aborrecimiento creemos que tiene Dios al hipócrita y al fingido? *Abominatio Domini est omnis illusor* (7). Dice el Espíritu Santo que el Señor abomina y aborrece á todos los fingidos y engañadores. Y en otro lugar (8): «¡Ay de los que tienen el corazón doblado y andan por dos caminos y por diferentes vías!» Y esto con mucha justicia y razon, pues son totalmente contrarias al mismo bien simplicísimo, y el hipócrita es un mal doblado y artificioso. Dios pira

(4) Ruget. (5) En el libro de la Consumacion. (6) Hilar., in Constant. (7) Prov., XI. (8) Eccles., II.

de el corazón del hombre, y por esto dice (1): «Hijo, dame el corazón y ama al Señor de todo corazón, y yo le quitaré el corazón de piedra, y le daré un corazón de carne, y yo escribiré mi ley en sus entrañas y en sus corazones» (2). Y ninguna cosa le agrada sin el corazón; el hipócrita da el corazón al demonio, y ofrece á Dios las sombras de su vanidad. Dios, como es espíritu, quiere ser servido en espíritu y verdad (3); el hipócrita le sirve con solas las ceremonias y apariencias de fuera.

Toda la hermosura del ánima santa y toda su gloria se deriva de aquella interior compostura y atavío con que se agrada y regala Dios (4); porque así como en las entrañas de la madre se concibe la criatura, y del corazón comienza el cuerpo á formarse, y la planta de la raíz, y el edificio del fundamento; así la vida cristiana y espiritual comienza del corazón. Mas el hipócrita, como edificio sin fundamento, luégo se cae, y como árbol sin raíz, luégo se seca, y como color sin sujeto y accidente sin substancia, se deshace y desvanece como humo. No halláremos en el sagrado Evangelio vicio más reprendido y más vituperado de nuestro Salvador que la hipocresía; y el que admitia los publicanos á su conversacion y comia con los pobres, defendia de la acusacion de los fariseos á las malas mujeres, y perdonaba con mucha blandura los pecados de todos, á solos los hipócritas dice (5): «¡Ay de vosotros, hipócritas!» Y se lo dice, no una, sino muchas veces, como á gente peligrosa y perniciosa y aborrecida por extremo del Señor, que llama á la hipocresía «levadura que aleuda y corrompe toda la masa» (6), y nos avisa que nos guardemos della.

A este propósito quiero referir aqui lo que san Gregorio Nacianceno y otros autores escriben de Gallo y Juliano, que eran hermanos, y primos del emperador Constancio, desta manera. Comenzaron los dos hermanos á edificar un suntuoso templo, á porfia, al santo mártir Mamea, y repartieron la obra entre sí. Gallo era hermano mayor y verdaderamente piadoso, y lo que hacia, hacialo con devocion y sencillo corazón. Juliano era taimado y doblado, y habia tomado aquella obra por hacer del devoto, y por este medio mejor engañar á los cristianos; pero el Señor, que ve los corazones, quiso con un evidente milagro manifestar lo que ama el corazón sincero, y lo que aborrece el fingido ó hipócrita; porque todo lo que se labraba á costa de Gallo, en aquel templo, lucia y quedaba firme, y lo que se hacia en nombre de Juliano, hoy se edificaba, y mañana se hallaba caido. Para que se vea lo que importa que la misma obra se haga con verdad ó con fingida piedad y devocion.

Pero no es ménos dañosa esta hipocresía y simulacion para la vida humana, é infame para la reputacion del mismo príncipe, y perniciosa para la conservacion de su estado, que es aborrecida de Dios; porque la perfidia es hija legítima de la si-

mulacion, por la cual todas las cosas del mundo se arruinan, y se sustentan por la verdad y fidelidad. A esta fidelidad llama Ciceron (7) unas veces seguridad comun, otras fundamento de la justicia, otras conservacion de las repúblicas. Platon dice (8) que es verdadera firmeza, pura sinceridad y clara filosofia. Valerio Máximo (9) la alaba tanto, que la llama segurísimo puerto de la salud. Y Dionisio Halicarnaseo, libro V, dice que los antiguos edificaron un templo á la Fe, que es esta fidelidad, en el cual hacian todos los tratados de paces, de alianzas, de confederaciones y los juramentos públicos; y sin ella, como dice el gloriosísimo obispo y fortísimo mártir san Cipriano (10), no puede haber trato ni comunicacion entre los hombres.

¿Qué vecino se fiará de su vecino, qué mercader de otro mercader, qué deudo de su deudo ó qué amigo de su amigo, sino es presuponiendo que le trata verdad y que le ha de cumplir su fe y palabra, y que su sí es sí, y su no es no? Pues si el príncipe, como dice Egidio romano, es la regla que ha de enderezar á todo su reino y reglar á los demas; si esta regla es tuerta y torcida, ¿cómo los enderezará, cómo los ajustará, con qué compas, con qué escuadra y nivel podrá asentar en su república aquella columna tan importante de la fidelidad, sobre la cual todo el edificio de su gobierno se debe sustentar, siendo él mismo el que con sus acciones la derriba y echa por el suelo? Demas desto, si el príncipe ha de ser magnánimo, y la propiedad del magnánimo, como dice Aristóteles (11), es ser claro y verdadero, y amar y aborrecer descubiertamente, porque tiene por vileza tener una cosa en el pecho y otra en la lengua, una en el corazón y otra en la frente, y mostrar querer bien al que quiere mal; con esta hipocresía de los políticos bien se puede despedir el príncipe de la verdadera magnanimidad, pues no se compadece con la simulacion y hipocresía; y juntamente de la llaneza, de la verdad, de la justicia, y de todas aquellas virtudes que no se pueden conservar sin la fidelidad; y no ménos del nombre de príncipe justo y verdadero, que es tan necesario para la conservacion de los estados.

Aconsejando Parmenion á Alejandro Magno que procurase vencer al enemigo con astucia y engaño, le respondió el magnánimo rey: «Si yo fuera Parmenion, yo lo hiciera; pero porque soy Alejandro, no lo quiero hacer» (12). Y cuando el médico de Pirro ofreció á Fabricio que mataria al Rey, su amo, si se lo pagaba, no sólo no consintió Fabricio en la maldad del médico, pero escribió á Pirro una carta, en que le dice estas palabras (13): «A mi ha venido Nicias, tu criado, ofreciéndome de matarte, si se lo pagase. Yo le he desengañado y dicho que nosotros no queremos tal cosa, ni le daremos por

(7) Cicer., pro Ros., I., ost. II, De divin. (8) Plat., epíst. X. (9) Valer., lib. VI. (10) In Simbol. (11) Arist., III, Ethic. (12) Franciseo Patricio, De Republica, lib. VI, tit. V. (13) Idem, lib. V, tit. V.

(1) Prov., XXIII. (2) Deut., VI; Ezech., XXXVI. (3) Joan., IV. (4) Psalm. XLIV. (5) Matth., XXIII. (6) Luc., XII.

ello una blanca, y juntamente nos ha parecido avisarte, porque si por ventura esto acaeciere, nuestra ciudad no crea que se hizo con nuestro consejo; porque los romanos tienen por vileza vencer al enemigo con premios ó engaños. Tú, si no miras por tí, caerás. Dios te guarde.» ¿Qué es justo que haga el príncipe cristiano, pues esto dijeron y hicieron los gentiles? Pero, porque cuando habláremos de la justicia que debe guardar el príncipe, trataremos otra vez desta verdad, que es parte de ella, no me quiero alargar más en este capítulo, sino declarar si por algun caso se puede permitir esta simulacion en el príncipe, y hasta dónde puede llegar; lo cual harémos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV.

Las falsas razones que traen los políticos para persuadir esta hipocresía, y si se puede tolerar alguna simulacion en el príncipe.

Es tan grave y tan importante este punto de la simulacion y hipocresía del príncipe, y hace tanta fuerza en él Maquiavelo y los discípulos y políticos que le siguen, que le tienen por el principal estribo y más firme fundamento de toda su falsa razon de estado, y como tal le guardan, y enseñan que *Nescit regnare qui nescit simulare*; que no sabe reinar quien no sabe simular y fingir. Que son palabras que el rey de Francia Ludovico XI en su vida traía siempre en la boca, y quería que su hijo, Carlos VIII, las supiese, y que no supiese otras en latin. Y nos traen (1) el dicho de Lisandro, capitán de los lacedemonios (que tambien fué de estos políticos, que media la justicia con la utilidad), que cuando la piel del leon no basta para cubrir al príncipe, se le debe coser y añadir la de la vulpeja; que es consejo muy repetido y alabado de Maquiavelo. Y nos pone por ejemplo de todo buen gobierno político á Tiberio, emperador, de quien dice Tácito (2): *Jam Tiberium corpus, jam vires, non dum dissimulatio deserebat*; que estaba tan cocido y confitado en esta simulacion y fingimiento, que hasta la última boqueada le duró. Y dicen lo que dijo el otro historiador (3), que no hay cosa gloriosa sino la que es segura, y que todo lo que se hace para conservar el Estado es honesto y honroso.

Porque, como dijo el otro en una tragedia de Séneca (4): «No se puede llamar de veras rey el que está atado á las leyes de la virtud y se sujeta á ellas, y que el buen piloto, cuando no puede llegar al puerto por camino derecho, procura llegar por rodeos y bordeando, y que por estar todo el mundo armado sobre falso, el príncipe que no usáre desta simulacion y astucia será de los otros príncipes engañado, y por no perder la conciencia, perderá el Estado, á cuya conservacion han de servir todas las leyes; y que conforme á toda buena razon, puede ser el hombre zorro con las zorras, y cre-

(1) Plut., in Lisandro y en los Apophth. (2) Ann., lib. vi.
(5) Salust., in or. Cepidi. (4) In Thietse.

tizar (como dice el proverbio griego, usurpado de los latinos) con los de Creta, y que á un traidor dos alevosos. Y que hasta san Pablo (5), escribiendo á los de Corinto, dice que los habia cogido con engaño; y otros dichos y sentencias traen como éstas para fundar su falsa doctrina y persuadir á los príncipes esta simulacion, y con ella la sospecha, la desconfianza, el engaño, la deslealtad, el perjurio, la injusticia, la impiedad y menosprecio de toda virtud y religion.

Pues el príncipe cristiano y de veras temeroso de Dios atape los oídos á los silbos de la serpiente venenosa, y desvie los ojos desta mala y pernicioso doctrina, y vuelva los ojos á Dios y suplíquele que le enseñe cómo se ha de haber en el gobierno de los reinos que Él mismo le encomendó, y para navegar por un mar tan tempestuoso y tan lleno de monstruos y de cosarios, de manera que llegue con su nave á puerto de descanso y seguridad. Y porque no hay duda, sino que los hombres, y más los reyes, viven entre enemigos, y que hay muchos que con las artes de Maquiavelo y una fina hipocresía pretenden engañarlos (porque esta doctrina, por nuestros pecados, se ha extendido más de lo que fuera razon), es bien que consideren cómo se deben haber con los otros príncipes, cuando son amigos falsos y enemigos verdaderos, para que por una parte no sean engañados, y la sinceridad de su llaneza y verdad no quede burlada, y por otra, para que por recatarse dellos no hagan contra la ley de Dios; que andando entre enemigos, necesario es que vayan armados, y que con los disimulados usen de alguna disimulacion; pero mirren bien hasta dónde ha de llegar, sin que Dios se ofenda, y los términos y límites que ha de tener su recato y artificio, para que, siendo príncipes cristianos y discípulos de Cristo, no se hagan discípulos de Maquiavelo.

Ante todas cosas, crean y tengan por cosa sin duda y averiguada que no hay veneno ni peste más pernicioso para sus estados que lo que este hombre malvado y necio les enseña, y que por ninguna via se pierden más fácilmente los estados que haciendo contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad y contra la religion, y que para conservarlos, no solamente no están obligados los príncipes á hacer contra estas virtudes, como él dice, ántes lo están á abrazarlas y guardarlas verdadera y no fingidamente; porque así tendrán de su parte á Dios, que es el Señor de todos los estados, y el que los da y conserva y quita á quien es servido (como en el primer libro queda declarado).

Y lo que dice este malo y perverso maestro no es otra cosa, sino, ó negar que hay Dios, ó que no tiene providencia de los reinos, y echarle de los consejos que se juntan y toman para la conservacion del Estado, como si no tuviese parte en el Estado Dios, ni fuese el que solo le da y le conserva. Que esto quiere decir que el príncipe muchas veces

(5) II, Cor., xii.

está obligado á hacer contra la fe, contra la caridad y contra la religion; pues no se puede hacer contra estas virtudes, sin hacer contra el mismo Dios y sin echarle primero de tal consejo.

Hagamos cuenta que un gran rey y monarca del mundo llama á consejo, y que la primera cosa que le dicen sus consejeros es, que no éntre en consejo, porque lo que en él se ha de tratar y determinar ha de ser contra el mismo Rey. ¿Qué sentiría el Rey si esto se le dijese y se hiciese? ¿Qué haría? ¿cómo tomaría esta injuria? Pues tanto mayor es la injuria que se hace á Dios en lo que dice Maquiavelo, cuanto va del Rey soberano y propietario de todos los reinos, á todos los otros que no son sino criados y ministros suyos y reinan por Él.

Tras esto, adviertan los príncipes que la simulacion del príncipe en materia de religion es muy perjudicial, no sólo para su propia conciencia, sino tambien por el daño que todo su reino recibe, pues se escandaliza por ella y pervierte, y sigue á su príncipe en la impiedad. Y que si un hombre particular está obligado á confesar públicamente su fe cuando por no confesarla se pueden otros escandalizar ó apartarse della, mucho más lo estará el príncipe, pues su oficio es defenderla, y su ejemplo es efficacísimo para mover á los demas, y el daño que hace con la simulacion es universal y de todo su reino, que con ella se inficiona, estraga y pervierte (1). Y lo que digo de la religion, digo de la fe y palabra que debe guardar el príncipe (2), y más el juramento, que es parte de la religion (como abajo se dirá).

Tras esto se sigue el no mentir, así porque la palabra del príncipe debe ser como una palabra de Dios, verdadera, cierta, constante y segura, como porque el mismo Dios así lo manda, y dice (3): «No uses de ninguna mentira, porque nunca fué de provecho.» Y en otro lugar (4), hablando de los príncipes, dice: «En la boca del necio no parecen bien las palabras bien compuestas, ni en la del príncipe la mentira.» Y san Agustín y otros santos doctores (5) enseñan que la mentira siempre es pecado, y que por ninguna cosa del mundo se debe mentir, ahora sea de palabra, que propiamente se llama mentira, ahora con obras y señales exteriores, que llaman simulacion. Y así dice la ley de la Partida (6) que Cristo nuestro Señor dice que es la verdad, y que los reyes que tienen su lugar en la tierra deben parar mientes que no sean contra ella, y añade: «Cuando él mintiese, no le creerian los homes que le oyesen maguer dijese verdad, é tomarian ende carrera para mentir.»

No es mentira el callar y guardar en sus consejos y acciones grandísimo secreto (como en el gobierno de los estados se debe hacer), aunque del

(1) Tomas, uterque, II, n, q. 3, art. 2; Navarr., Manual.
(2) Com., cap. Humanae aures, q. 3, núm. 16. (3) Eccles., vii.
(4) Prov., xvii. (5) Lib. Contra mendicium, ad Consentium, et lib. n, qq., Evang.; Tom., II, n, q. 111, art. 1; in 3, in cap. Super eo de usuris; II, n, q. 2. Vide D. Thom., II, n, q. 410, art. 5.
(6) L. 3, tit. iv, partida II.

secreto tomen ocasion algunos para engañarse, haciendo varios y vanos discursos. Tampoco es mentira, sino prudencia, el disimular muchas cosas y pasar el príncipe por ellas y hacer que no las ve, puesto caso que esta disimulacion engendre en los ánimos de los otros alguna falsedad y engaño; porque, como dice el Jurisconsulto (7): *Multa sunt dissimulanda, ne curiosi videamur*; que muchas cosas se deben disimular por no parecer curiosos. Ni ménos es mentira recatarse el príncipe y mirar bien lo que cree y á quien cree, por haber tan pocos de quien fiarse, aunque con su rostro y semblante no dé á entender que no se fia de todos (8); porque, si mostrase desconfianza, sería muy perjudicial para el Estado, y el mostrar confianza muchas veces obliga á los hombres de vergüenza á servir con fidelidad y de manera que justamente se pueda hacer dellos toda confianza.

Y muchos príncipes hay que, mostrando que temen ser engañados, enseñan á sus ministros cómo los han de engañar, y tan gran falta es no creer á nadie como creer á todos, como dice Séneca (9). Asimesmo no es mentira (cuando la necesidad ó utilidad grande lo pide) decir algunas palabras verdaderas en un sentido, aunque crea el que las dice que el que las oye, por ser equívocas, las podrá tomar en diferente sentido. Y lo que digo de las palabras se puede tambien decir de las obras, que muchas veces (especialmente en tiempo de guerra) hay necesidad que se hagan con tal maña y artificio, que el enemigo pueda entender otra cosa diversa y áun contraria de lo que se pretende hacer; porque esto no es mentir, sino hacer las cosas con prudencia para bien de la república. Y como dice el doctor Navarro, hay dos artes de simular y disimular: la una, de los que sin causa ni provecho mienten y fingien que hay lo que no hay, ó que no hay lo que hay; la otra, de los que sin mal engaño y sin mentira dan á entender una cosa por otra con prudencia, cuando lo pide la necesidad ó utilidad (10).

Pero en cualquiera simulacion ó disimulacion que el príncipe cristiano usáre, esté siempre (como dijimos) muy en los estribos y sobre sí, para no dejarse llevar de la doctrina pestífera de Maquiavelo, y quebrantar la ley de Dios y su religion. Y entienda que no debemos los cristianos tomar por regla de nuestras acciones todo lo que dijeron ó hicieron los gentiles, por más que hayan sido tenidos por sabios; porque, como les faltaba la luz que nosotros tenemos, y navegaban con otro norte que nosotros navegamos, necesariamente habian de echar por diferente rumbo y camino, y tropezar y caer y quebrarse los ojos en muchas cosas.

Y hasta Aristóteles enseña que los que son guiados por superior luz y consejo no tienen necesidad de consejo de los hombres. Pero lo que habemos de hacer es, tomar lo bueno que, siguiendo la

(7) L. Doli, ff. De Novat. (8) Libi., lib. xxii. (9) Epist. iii.
(10) Navar., Coment., cap. Humanae aures, q. 2, núm. 10, 11 et 12, y en la 3, núm. 8.